

CONSIDERACIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, LA ACTUALIDAD DEL PENSAMIENTO DE BURKE, DE MAISTRE, CONSTANT Y TOCQUEVILLE

Edwin Alberto Arreola Rueda

El revolucionario no se rebela contra los abusos,
sino contra los usos.
Ortega y Gasset

La revolución estaba terminada cuando estalló;
es un error creer que derrocó la monarquía;
lo único que hizo fue dispersar sus ruinas.
Chateaubriand

En nuestras revoluciones jamás hemos admitido el elemento del tiempo;
por eso siempre nos quedamos pasmados
ante los resultados contrarios a nuestras impaciencias.
Chateaubriand

A Monserrat

Hablar una vez más sobre la Revolución francesa en el siglo XXI pareciera obsoleto; sin embargo, los conflictos sociales no se terminan, en ocasiones se rechaza a los representantes de la autoridad, las institu-

ciones y las leyes. Si no se tiene un conocimiento histórico y actual de los intereses en conflicto en la comunidad y de los medios legítimos e institucionales para resolverlos —si no se transige, llegan los acuerdos y los compromisos en donde a todo derecho corresponde una obligación—, puede ocurrir que la única opción sea trágica e irremediablemente la revolución. Es por esta razón que no se puede hacer caso omiso de Burke, Maistre, Constant y Tocqueville, ya que todos ellos en mayor o menor medida consideraron dichos aspectos.

Como en su momento lo señaló Aristóteles, la causa del sentimiento revolucionario se debe al deseo de igualdad o desigualdad. En cuanto al primero, los hombres consideran que son iguales a otros que poseen más que ellos; en cuanto al segundo, se aspira a la desigualdad y la superioridad cuando uno se concibe a sí mismo superior y se cree que no se posee más, sino lo mismo o incluso menos que los inferiores:

La causa universal y principal del (...) sentimiento revolucionario (... es) el deseo de igualdad, cuando los hombres consideran que son iguales a otros que poseen más que ellos; o también el deseo de desigualdad y superioridad cuando, al conceptuarse a sí mismos como superiores, creen que no poseen no más, sino lo mismo o menos que sus inferiores (...). Entonces, en las oligarquías las masas hacen revoluciones con la idea de que se encuentran tratadas injustamente, porque, como manifesté anteriormente, son iguales, y no poseen idéntica participación, y en las democracias los notables se rebelan, porque no son iguales, sin embargo sólo poseen una participación igual.¹

Ahora, en particular, es importante centrar la atención, así sea *grosso modo*, en lo que fue la Revolución Francesa. Mucho se ha escrito al respecto y también se ha abordado desde diferentes perspectivas, incluso contrapuestas; por ejemplo, el enfoque marxista que ocupó la tribuna política durante muchos años *versus* la perspectiva de Francois Furet.² Sin embargo, no podemos pasar por alto dicho acontecimiento,

¹ Seymour Martín Lipset, *El hombre político*, México, Rei, 1993, p. 14.

² Para conocer las diferentes perspectivas con que se ha estudiado la Revolución

ya que sólo a partir del mismo se puede contextualizar a los pensadores sobre los que se va a tratar a continuación.

Contexto histórico

La Revolución Francesa ocurrida entre 1789 y 1799 fue uno de los acontecimientos que ha marcado la historia moderna. Fue un proceso social y político profundamente “nacional”, aunque atentó en general contra la Europa monárquica de entonces; más aún, sus repercusiones se manifestaron también en América.

Aunque las causas que generaron la Revolución fueron diversas y complejas, éstas son algunas de las más influyentes:

la incapacidad de las clases gobernantes —nobleza, clero y burguesía— para hacer frente a los problemas de Estado, la indecisión de la monarquía, los excesivos impuestos que recaían sobre el campesinado, el empobrecimiento de los trabajadores, la agitación intelectual alentada por la “ilustración”³ y el ejemplo de la “Guerra de Independencia estadounidense”. Cabe señalar que las teorías actuales tienden a minimizar la relevancia de la lucha de clases y a poner de relieve los factores políticos, culturales e ideológicos que intervinieron en el origen y desarrollo de este acontecimiento.⁴

Francesa y sobre todo la polémica con los historiadores comunistas, consultar: Francois Furet, *Pensar la Revolución Francesa*, Barcelona, España, Ediciones Petrel, 1978.

³ Kant en su pregunta ¿qué es la ilustración?, responde que es la liberalización del hombre de su incapacidad para servirse de su inteligencia sin la guía de otro y enfatiza: “¡Sapere aude! ¡Ten el valor de servirte de tu propia razón! ¡He aquí el lema de la ilustración!”; en I. Kant, *Filosofía de la historia*, México, FCE, 1997, p. 25. Sin embargo, en la Revolución Francesa los filósofos que hacen uso de su razón —y la deifican— cuestionan y eliminan las costumbres, los hábitos y las instituciones que forman parte de su sociedad, están convencidos de que sus razonamientos son capaces de instaurar una nueva comunidad destruyendo la precedente, aspecto que Burke critica, como se verá más adelante.

⁴ “Francesa, Revolución”, *Enciclopedia Microsoft® Encarta® 99*, 1993-1998 Microsoft Corporation. Reservados todos los derechos.

Desde el momento en que la nobleza abrió la fisura en el “Antiguo Régimen”⁵ —el término fue empleado por los revolucionarios franceses de 1789 de forma desdeñosa para referirse a la estructura política, social y económica imperante en Francia hasta ese momento; si bien dicha expresión sirve para referirse a una etapa de la historia de Francia, previa a la Revolución Francesa, este término es aplicable al resto de Europa—, oponiéndose al rey Luis XVI, provocando la convocación de los Estados Generales —clero, nobleza y el resto de la población— y propiciando el surgimiento del Tercer Estado —que representaba al pueblo— para protagonizar su rebelión parlamentaria, la “evolución francesa” fue un viento impetuoso que en su transcurso se convirtió en tornado al radicalizarse y se llevó a los distintos personajes que ocupaban la escena: los liberales monárquicos fueron rebasados por los primeros diputados patriotas, los cuales fueron desbordados por los republicanos, cuyas filas a su vez estaban divididas entre jacobinos y girondinos. Por ejemplo, ya en los comienzos de los Estados Generales, en los días es que se discutía un nombre adecuado para la reunión de los comunes y del que resultó el de Asamblea Nacional, Mirabeau —el orador más brillante y carismático de la Asamblea— se enfrentó a Barnave —y posteriormente al radical Robespierre—, quien negaba que la aprobación del rey fuese necesaria una vez que los representantes del pueblo hubiesen acordado algo.

A pesar de ello, para Mirabeau el rey era una pieza clave en su diseño de nación, es decir, el monarca debía abandonar su posición

⁵ Pero a qué nos referimos cuando hablamos del Antiguo Régimen (AR): El AR, entendido como sistema sociopolítico, tiene su origen en la descomposición del feudalismo y está caracterizado por la forma de gobierno denominada monarquía absoluta aunque su poder se encontraba mediatizado por la existencia de instituciones que en ocasiones se oponían a las decisiones de la Corona. También es muy característica la presencia, en todos los órdenes de la vida, de la Iglesia. En ocasiones era difícil distinguir la separación entre el poder civil y el eclesiástico. Desde el punto de vista social, el Antiguo Régimen está caracterizado por la sociedad estamental, dividida entre los siguientes grupos o clases sociales: la nobleza, la Iglesia y el conocido como tercer Estado. “Antiguo Régimen”, *Enciclopedia Microsoft® Encarta® 99*©, 1993-1998, Microsoft Corporation, Reservados todos los derechos.

absolutista y aceptar la monarquía constitucional, normada por el equilibrio entre los poderes Ejecutivo y Legislativo. En este sentido, es importante destacar la eficacia de Mirabeau para llevar a la práctica sus ideas:

Esta nota de intelectualidad que, como fuego de San Telmo, corona la enérgica figura de un hombre de acción, es —a mi juicio— el síntoma que distingue al político egregio del vulgar gobernante. (...) Casi todos los hombres de acción los poseen. Pero éste es, a mi juicio, el error; creer que un político es, sin más ni más, un hombre de acción y no advertir que es el tipo de hombre menos frecuente, más difícil de lograr, precisamente por tener que unir entre sí los caracteres más antagónicos, fuerza vital e intelección, impetuosidad y agudeza. De la mente clarísima se derrama entonces sobre las potencias inferiores que sirven a la acción un extraño fluido que las unge y fertiliza, prestándoles una gracia elevada, una elasticidad y un ritmo tan certero, que alejan de ellas la tosquedad, la barbarie en que consisten.⁶

Mirabeau salvó, a su vez, el proyecto del obispo Talleyrand⁷ —de Autun—, relativa a la nacionalización de los bienes de la Iglesia que tuvo lugar en los primeros días de noviembre de 1789, a ésta se oponía el abate Maury, alegando que una vez que se consumara el despojo, los bienes se venderían para pagar a los acreedores que vivían en París, de tal suerte que la medida sólo era una demostración más del poder que la capital ejercía sobre las provincias, sin embargo:

⁶ José Ortega y Gasset, *Tríptico*, Madrid, España, Ed. Espasa-Calpe, 1972, p. 84.

⁷ Talleyran se caracterizó por ser un político ambicioso e inteligente al servir y traicionar todos los regímenes, es decir, fue presidente de la Asamblea Nacional (1790) y ministro durante el Directorio, el Consulado, el Imperio y la Restauración. El prestigioso ensayista italiano Roberto Calasso en su ambiciosa obra *La ruina de Kasch* (1989), hace de Talleyran el protagonista principal, debido a que es el más clarividente y detestado, el más moderno y arcaico de los políticos; en sus propias palabras, el maestro de ceremonias. Cabe mencionar que anteriormente Stefan Zweig en su libro *Fouche, el genio tenebroso* (1986) nos relata cómo el ministro de policía francés inclinándose por uno u otro partido, logró salir airoso al igual que Talleyran de las intrigas, las delaciones y el peligro; logró ocultar su vida, sus sentimientos y mantenerse siempre obediente, hasta que se presentaba el momento oportuno para asestar el golpe criminal a sus enemigos.

Mirabeau, aprovechando que los opositores reconocieron que aun cuando fueran considerados propietarios, se podía hacer uso de sus bienes, puesto que ya habían sido empleados en caso de urgencia para el servicio de la nación, propuso suplir la palabra pertenecen por la de a disposición del Estado.⁸

Es así como la discusión respecto a los bienes del clero se terminó y se adoptó la nueva ley el 2 de noviembre de 1789.

Afuera de la Asamblea Nacional, que se convirtió en Legislativa, después en Constituyente, hasta acabar en la Convención republicana, las masas plebeyas, sobre todo las parisinas —los célebres *san-culottes*, compuestos de artesanos, sus ayudantes, sus mujeres y el pueblo espeso y municipal en general— impulsaban con su propio ímpetu y dinámica, auto-organizándose en las comunas, provocando en cada momento de definiciones un viraje brusco y radical que profundizaba la revolución mientras duró su periodo de ascenso.

El año de 1794 —con la decapitación de Robespierre, Sain-Just y sus compañeros— señala drástica y sanguinariamente el fin del ascenso revolucionario y el inicio del “reflujo” de la “contrarrevolución dentro de la insurrección”: Desde ese momento la “nueva” reacción adquirió un nombre, el Termidor, que más tarde iba a profundizar su carácter con el surgimiento del *bonapartismo*.⁹

Algunas de las principales consecuencias de la Revolución Francesa fueron las siguientes: el derrocamiento de Luis XVI, perteneciente a la Casa Real de los Borbones; la abolición de la monarquía en Francia y la proclamación de la I República, con lo que se pudo poner fin al Antiguo Régimen.

Los ideales revolucionarios pasaron a integrar la plataforma de las reformas liberales de Francia y Europa en el siglo XIX, también sirvieron de motor ideológico a las naciones latinoamericanas independizadas en

⁸ R. H. G. Mirabeau, *Discursos en la Asamblea Nacional*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, p. 22.

⁹ Manuel Aguilar Mora, “Revolución Francesa, el amanecer de nuestra contemporaneidad”, en revista *Batalla*, México, 1989, p. 53.

ese mismo siglo, y continúan siendo hoy las claves de la democracia. No obstante, los historiadores revisionistas atribuyen a la Revolución unos resultados menos encomiables, como la aparición del Estado centralizado (en ocasiones totalitario) y los conflictos violentos que desencadenó.¹⁰

La actualidad del pensamiento de Burke, de Maistre, Constant y Tocqueville

Retomar a Burke, de Maistre, Constant y Tocqueville, es realizar un estudio desde diversas perspectivas, cada una de ellas interesantes porque el análisis de la política se enriquece. Además, se trata de pensadores que no sólo fueron testigos sino protagonistas —a excepción de Tocqueville (en términos cronológicos)— de uno de los acontecimientos que han dejado huella en la historia mundial: la Revolución Francesa.

Creedme, señor, quienes intentan nivelar, nunca igualan.
En todas las sociedades compuestas de grupos distintos
de ciudadanos debe predominar alguno de ellos.

E. Burke, *Textos políticos*, p. 83.

Edmund Burke (1729-1797), estadista y filósofo político británico nacido en Irlanda, famoso tanto por su brillante oratoria como por su crítica de la Revolución Francesa. Aunque nunca llegó a hacer una formulación global de su pensamiento, sus ideas se convirtieron en la base del conservadurismo político británico moderno.¹¹

Cuando estalló la Revolución Francesa en 1789, pronto se volvió contra ella y contra sus simpatizantes británicos. La publicación de

¹⁰“Francesa, Revolución”, *Enciclopedia Microsoft® Encarta® 99©*, 1993-1998, Microsoft Corporation. Reservados todos los derechos.

¹¹“Burke Edmund”, *Enciclopedia Microsoft® Encarta® 99©*, 1993-1998, *op. cit.*

Reflexiones sobre la revolución de Francia (1790), leída en toda Europa, le confirmó como el defensor más elocuente del orden establecido. Con el paso del tiempo, Burke fue incrementando su vehemencia en la denuncia de la Revolución Francesa; a este respecto, no se pueden negar las atrocidades del Periodo del Terror (1793-1794).

El estadista británico Burke, en su obra *Textos políticos* (1996), expone su parecer respecto a la Revolución Francesa, sus observaciones y argumentaciones son contundentes, es decir, su prosa no sólo es persuasiva, emotiva, encendida, sino también irónica —uno se percata de sus dotes oratorios al leer su texto— y sus razonamientos se encuentran cimentados en la historia, la experiencia y su propia realidad. Cada uno de los comentarios de Burke tienen un sustento práctico, probado, vital y ancestral.

En su libro, Burke retoma las instituciones de su país para contraponerlas con las de Francia y al hacerlo realiza una apología del reino inglés. De esta forma, estudia lo que está sucediendo en Francia después de su revolución de 1789. Para ello se remite tanto a sus instituciones gubernamentales, militares, religiosas, civiles y familiares, para evidenciar y develar que los “filósofos revolucionarios” que pretenden instaurar un “nuevo orden político” parten de consideraciones ateas, demagógicas, ahistóricas y metafísicas, de ahí que las expectativas sobre una mejora social sean inciertas, inverosímiles, contranaturales —es decir, que no se basan en la historia ni en la evolución social—, inhumanas y precisamente por ello funestas.

Lo anterior no quiere decir que a Burke no le interesara adecuarse a los tiempos, es por ello que propone reformas graduales, circunstanciales y prudentes, siempre cautelosas, sin desconocer la historia, sino por el contrario, apoyándose y guiándose siempre por ella.

De acuerdo con la introducción que hace Vicente Herrero del libro de Burke, la Revolución Francesa se desarrolló debido en parte a las ideas de los filósofos ateos tanto teóricos como dogmáticos; en este sentido, el deísmo para el estadista británico en nada se distinguía del ateísmo.¹²

¹² Edmund Burke, *Textos políticos*, México, FCE, 1996, p. 34 .

Desconfiaba de la capacidad del racionalismo para criticar y modificar el orden. Su crítica radicaba en que esos teóricos no tenían conocimiento de la vida pública y que sus planes eran sólo elucubraciones de gabinete.¹³ Que el ateísmo no podía durar mucho debido a que el hombre es un animal religioso.¹⁴

La sola idea de crear un nuevo gobierno es suficiente para que Burke se disguste y se aterre; en todo caso, en la época de la Revolución (la inglesa de 1688) lo que se deseaba era derivar todo lo que poseen en la actualidad, de la herencia de su pasado.¹⁵

El espíritu de libertad sólo se puede templar con una solemne gravedad, de ahí que la libertad de Inglaterra cuente con una ascendencia noble, es decir, tiene un árbol genealógico lleno de antecesores ilustres, con sus protocolos, sus heráldicas, sus archivos, sus pruebas y sus títulos. Y de manera contundente se dirige a los franceses:

todos vuestro sofistas no pueden inventar nada más adecuado para mantener una libertad racional y viril, que el camino que hemos seguido quienes hemos escogido como grandes almacenes y depósitos de nuestros derechos y privilegios la naturaleza en vez de las especulaciones, nuestros pechos en lugar de nuestras invenciones.¹⁶

Burke añade implacable: “comenzasteis mal porque empezasteis por despreciar todo lo que os pertenecía. Respetando a vuestros antepasados habrías aprendido a respetaros a vosotros mismos”.¹⁷

Más adelante, Burke aclara que no quiere limitar el poder, la autoridad y la distinción a la sangre y los títulos, sino que *no hay otra cualificación para el gobierno que la virtud y la sabiduría, demostrada o presunta*.¹⁸

¹³ *Ibid.*, p. 35.

¹⁴ *Ibid.*, p. 120.

¹⁵ *Ibid.*, p. 67.

¹⁶ *Ibidem*, p. 70.

¹⁷ *Ibidem*, p. 71.

¹⁸ *Ibidem*, p. 84.

Más aún, para Burke la ciencia del gobierno es práctica en sí y dirigida a tales propósitos prácticos, es materia que exige experiencia más de la que puede alcanzar una persona en toda su vida, por sagaz y observadora que sea; por ello sólo con precaución infinita es posible aventurarse a derribar un edificio que ha respondido en proporciones aceptables durante siglos a las finalidades comunes de la sociedad; y sólo con infinita precaución se podrá construir de nuevo sin tener ante sus ojos modelos y planes de utilidad comprobada.¹⁹

Es inconcebible cómo un hombre puede llegar a una presunción tal, que vea a su país como una hoja en blanco en la que puede dibujar lo que quiera:

un buen patriota y un verdadero político piensa siempre en la manera de conseguir el mejor resultado con los materiales de que dispone. Cualquier otra cosa es vulgar en la concepción y peligrosa en la ejecución.²⁰

En nombre de la libertad se han llevado a cabo todo tipo de actos, pero Burke se pregunta qué es la libertad sin prudencia y sin virtud: es el mayor de todos los males posibles; porque es locura, vicio y mentecatez, sin tutela ni freno.

Para el estadista británico es muy claro en qué consiste la función del poder, fortalezcse el asiento del poder, enséñese la obediencia y está hecho el trabajo: dar libertad es aún más fácil, no es necesario guiar; únicamente se requiere soltar las riendas. Pero formar un *gobierno libre*, es decir, templar al mismo tiempo esos elementos opuestos de libertad y coacción en una obra congruente consigo misma, exige mucho pensamiento, profunda reflexión y una mente sagaz, poderosa y capaz de combinar.²¹

Aunado a lo anterior, si a los políticos sólo les interesa la popularidad, su adulación por el pueblo es inagotable, en ese caso, se convierten en prisioneros y no consejeros de la comunidad:

¹⁹ *Ibid.*, p. 94.

²⁰ *Ibid.*, p. 178.

²¹ *Ibid.*, p. 255.

si los líderes prefieren convertirse en licitadores de una subasta de popularidad, sus talentos no sirven de nada para la construcción del Estado. Se convierten en aduladores en vez de legisladores; instrumentos y no guías del pueblo.²²

Sus convicciones poseen una apariencia de gran firmeza:
a la tentación del escepticismo supo responder
con la arrogancia de sus prejuicios,
con la violencia dogmática de sus desprecios.

E. M. Cioran, *Ejercicios de admiración y otros textos*, p. 11.

Joseph de Maistre (1753-1821) al igual que Burke, el noble saboyano de Maistre, teórico político y filósofo francés, máximo representante del pensamiento conservador opuesto a las ideas de la Ilustración y la Revolución francesa, hace escarnio de las pretensiones racionalistas y ateas del siglo XVIII. Sostuvo que la razón humana debe intentar entender el orden divino, incluso aunque aquélla no pudiera discernir en su plenitud, debido a que la perfección de la especie humana desapareció tras el pecado original.

Su prosa es severa, tajante, contundente. Incluso reprende, sentencia y maldice. Como lo advirtió en su momento el provocador ensayo de Cioran.²³ No exageramos si llegamos a ver en él a un apóstol de la Teocracia, o en todo caso a un Maquiavelo de la Teocracia.

Lo anterior no significa que de Maistre hable sin fundamentos, en su texto "Consideraciones sobre Francia" (1955) nos remite a la historia así como a pensadores del linaje de Platón, Cicerón, Plutarco, Maquiavelo, Hume, Shakespeare, Montesquieu, Rousseau, etcétera.

²² *Ibidem*.

²³ Para Cioran, Divino es un adjetivo que Maistre utiliza fácilmente: "la constitución, la soberanía, la monarquía hereditaria, el pontificado, son según él obras 'divinas', como lo es toda autoridad consolidada por la tradición, todo orden cuyo origen se remonte a una época lejana; el resto no es más que usurpación, es decir, obra 'humana'", pp. 20-21, en E. M. Cioran, *Ejercicios de admiración y otros textos*, Barcelona, España, Tusquets, 1995.

Para de Maistre la política se basa en la Historia, pero la Historia está a su vez subordinada a los designios de la Providencia:

Estamos todos atados al trono del Ser Supremo con una cadena flexible que nos retiene sin sojuzgarnos. Lo más admirable que existe en el orden universal de las cosas es la acción de los seres libres bajo la mano de Dios. Libremente esclavos, operan a la vez voluntaria y necesariamente: hacen realmente lo que quieren, pero sin poder trastornar los planes generales.²⁴

De esta forma, la Revolución Francesa no es sino una expiación querida por Dios, pero no sólo es un castigo, según de Maistre nunca se repetirá bastante que no son los hombres los que dirigen la Revolución, sino la Revolución la que dirige a los hombres:

Se expresa una gran verdad cuando se dice que marcha por sí sola. Esta frase significa que jamás la Divinidad se ha mostrado de una manera tan clara en ningún acontecimiento humano. Si emplea los instrumentos más viles, es porque castiga para regenerar.²⁵

No obstante, tal acto se debe a que Francia está investida por una misión religiosa que debe cumplir.²⁶ Debe regenerar a las monarquías Europeas.

En cuanto a la Guerra, de Maistre enfatiza que Dios ha hecho el mundo para las guerras y que la paz no es en cada nación sino una tregua. En su texto citado, en el capítulo III titulado “De la destrucción violenta de la especie humana”, encontramos toda una casuística de la guerra, un martirologio.²⁷ No obstante, hay motivos para creer que la destrucción violenta no es un mal tan grande como se cree, ya que las grandes empresas, las altas concepciones, las virtudes viriles dependen de

²⁴ Joseph de Maistre, *Consideraciones sobre Francia*, Madrid, España, Rialp, 1955, p. 63.

²⁵ *Ibid.*, p. 69.

²⁶ *Ibid.*, pp. 71-92.

²⁷ *Ibid.*, pp. 93-99.

la guerra; más aún, de Maistre subraya: la sangre es el abono de esa planta que se llama genio.²⁸

De acuerdo con de Maistre, el orden tradicional es esencialmente jerárquico. El gobierno más natural para el hombre es la monarquía; la soberanía es una, inviolable y absoluta. El hombre no ha nacido para la libertad, ésa es una expresión que carece de sentido, subraya que el monarca pueblo es el más duro, el más despótico y el más intolerable de todos los monarcas:

Si se entiende por representación nacional cierto número de representantes, enviados por *algunos* hombres, de *algunas* ciudades y pueblos, en virtud de una antigua concesión del soberano, no vamos a discutir las palabras: ese Gobierno existe, y es el de Inglaterra. Pero si se quiere que todo el pueblo sea representado, que no pueda serlo más que por medio de un mandato, y que todo ciudadano sea hábil para dar y recibir ese mandato, con pocas excepciones física y moralmente inevitables; y si se quiere añadir a tal orden de cosas la abolición de toda jerarquía y función hereditaria, este régimen representativo es una cosa que no se ha visto jamás y que nunca se logrará.²⁹

Es preciso, por lo tanto, oponer a los sueños universalistas y las pretensiones racionalistas las lecciones de la experiencia y de la sabiduría providencial. Ya en su libro *Del Papa* (1819), encontramos que de Maistre subordina el poder temporal al poder espiritual y atribuye al Papa una especie de magistratura universal.

El despotismo que sustituyó a la demagogia,
constituyéndose en legatario del fruto de todos sus empeños,
ha proseguido hábilmente en la ruta así trazada.
Los dos extremos se han encontrado de acuerdo en este punto,
porque, en el fondo, había en los dos extremos voluntad de tiranía.

B. Constant, *Del espíritu de conquista*, p. 48.

²⁸ *Ibid.*, p. 102.

²⁹ *Ibid.*, pp. 12-13.

Benjamín Constant de Rebecque (1767-1830), escritor y figura política francesa, que contribuyó al desarrollo del romanticismo y al de la novela psicológica. Nació en Lausana, Suiza, hijo de un militar suizo, y estudió en universidades alemanas y británicas. Su oposición al régimen de Napoleón Bonaparte³⁰ le llevó al exilio en 1803, y vivió en Suiza y Alemania. Durante esos años mantuvo una intensa relación con la ilustrada escritora francesa Madame de Staël,³¹ de quien fue amante y que influyó en su novela autobiográfica *Adolfo* (1816).³²

En su texto *Del espíritu de conquista* (1814), se percibe que Constant cuenta con un espíritu cultivado, refinado y sensible, es por ello que no resulta superfluo mencionar su admiración por la literatura y el arte clásico.

En dicha obra, Constant se remite al pasado de los pueblos o sociedades que le han precedido, pero no hace una valoración negativa de los mismos, puntualiza que no han sido ni menos civilizados ni menos razonables, ni más imperfectos de lo que es el presente y probablemente de lo

³⁰ Para conocer la ascensión, la gloria y caída de Napoleón consultar: Georges Lefebvre, *La Revolución Francesa y el Imperio (1787-1815)*, México, FCE, 1995, pp. 170-289.

³¹ En los años violentos de 1793 y 1795, la distinguida y elocuente Madame de Staël escribió sus *Reflexiones sobre la paz*. Había levantado su voz a favor de la Reina, pidiendo piedad al pueblo encolerizado al que augura sólo desgracias si no sabe ser justo y generoso: "...en el mismo instante que sigue a este momento de exaltación, me pregunto qué puede valer un libro en medio de todos los furores de la venganza y del odio. ¿Quién leerá algo más que el decreto que le arruina, la sentencia que le condena o el resultado de una batalla dada por sus conciudadanos? Yo misma durante el sangrante periodo de Robespierre, cuando diariamente conocía la espantosa lista de las víctimas sacrificadas, no sabía más que desear la muerte, que aspirar al fin del mundo y de la raza humana, testigo o cómplice de tantos horrores; me hubiera reprochado la actividad del pensamiento, como demasiado independiente del dolor. Se nos ha concedido una especie de tregua: las matanzas han cesado, la campaña va a terminar. Consagremos estos instantes a desarrollar algunas ideas generales, a las cuales el exceso de sufrimiento nos impedía acercarnos hasta ahora", en Madame de Staël, *Reflexiones sobre la paz*, Buenos Aires, Argentina, Espasa-Calpe, 1946, p. 19.

³² "Constant de Rebecque Benjamín", *Enciclopedia Microsoft® Encarta® 99*©, 1993-1998, *op. cit.*

que será el futuro. Simplemente han vivido en otros tiempos, con otro carácter, con otras necesidades y con otros medios para satisfacerlas.

María Luisa Sánchez Mejía menciona en el estudio preliminar del libro de Constant que Napoleón decidió renovar una parte del Tribunado para adaptarlo mejor a sus deseos eliminando a sus miembros más inconformes. Constant es una víctima de esa purga y en 1802 se ve obligado a abandonar la política francesa. No obstante, la experiencia bonapartista le permitirá perfilar mejor sus opiniones políticas, para dejar atrás un ambiguo republicanism antijacobino y antiabsolutismo y convertirse en un pensador liberal, defensor de un régimen constitucional pluralista y representativo, en donde tengan cabida las libertades y los derechos fundamentales de los ciudadanos, en donde exista la división de poderes y un respeto escrupuloso por las formas jurídicas, tal como quedó expresado en sus *Principios de política* (1970).³³ Posteriormente publicaría *Del espíritu de conquista y de usurpación* con una marcada tendencia antinapoleónica.³⁴

Constant aclara que en su texto *Del espíritu...*, se propone examinar dos plagas: una es el espíritu de conquista y la otra la usurpación. Respecto a la conquista dirá:

Cuando los hombres que disponen del destino de la tierra yerran acerca de lo que es posible, el daño es grande. Entonces la experiencia, lejos de serles útil, les perjudica y extravía. Leen la historia: ven lo que antes se hizo; no consideran si ello puede hacerse todavía; [...], y al cabo de algún tiempo, [...], sólo quedan de sus empresas los crímenes que cometieron y los sufrimientos que causaron.³⁵

Para Constant, la duración de un poder cualquiera depende de la adecuación que existe entre su espíritu y su época.

En cuanto a la guerra, ésta no es siempre un mal —en este aspecto

³³ Benjamín Constant, *Del espíritu de conquista*, Madrid, España, Tecnos, 1988, p. XI.

³⁴ *Ibid.*, p. IX.

³⁵ *Ibid.*, pp. 7-8.

coincide con de Maistre—, ya que también favorece las facultades más hermosas y más altas de los hombres.³⁶ Sin embargo, el mundo de hoy es precisamente, a este respecto, lo opuesto al mundo antiguo. Es suficientemente civilizado para que la guerra le resulte una carga. Hemos llegado a la época del comercio y la guerra y el comercio no son sino dos medios distintos de llegar a la misma meta, o sea, la de poseer lo que se desea.³⁷

Con base en lo anterior, ya no se debería pretender la uniformidad que es la secuela inmediata e inseparable del espíritu de conquista:

La variedad es organización. La uniformidad es mecanismo. La variedad es la vida. La uniformidad es la muerte.³⁸

En breve, se puede apuntar que Constant apuesta, en este texto y sus otras obras, por establecer un marco político que permita el libre desarrollo de los intereses individuales, incluidos los intereses políticos. Si el Estado apela sólo a estos últimos, asfixiando los restantes, el desequilibrio producirá un nuevo tipo de despotismo. Si se pretende respetar sólo los intereses que se logran privadamente, el desajuste hundirá el conjunto del edificio. De esta forma, para Constant:

Lejos de nosotros, pues, el renunciar a ninguna de las dos especies de libertad de que he hablado. Es necesario, como he demostrado, aprender a combinar la una con la otra.³⁹

Tengo una inclinación racional por las instituciones democráticas, pero soy aristócrata por instinto, es decir, que desprecio y temo a la multitud. Amo con pasión la libertad, el respeto de los derechos, pero no la democracia

A. de Tocqueville

³⁶ *Ibid.*, p. 9.

³⁷ *Ibid.*, pp. 12-13.

³⁸ *Ibid.*, p. 51.

³⁹ Benjamin Constant, "La libertad de los antiguos comparada con la de los modernos", en *Del espíritu de la conquista y la usurpación*, *op. cit.*, p. 92.

Alexis de Tocqueville (1805-1859), escritor político y estadista francés, nació en Veneuil el 29 de julio de 1805 y estudió Derecho en París.⁴⁰ Proviene de una familia aristocrática y terrateniente. Sus obras políticas se han convertido en tratados clásicos, en su libro más famoso, *La democracia en América* (dos volúmenes, 1835-1840), Tocqueville criticó con dureza ciertos aspectos de la democracia estadounidense. Creía, por ejemplo, que la opinión pública tendía hacia la tiranía y que el gobierno de la mayoría podía ser tan opresivo como el gobierno de un déspota.⁴¹

En esta ocasión se analiza la segunda obra en importancia de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución* (1856). Texto que, por cierto, no pudo concluir a causa de su muerte. El libro se publicaría después de cinco años de apasionante investigación; en cuanto a la inquietud por escribirlo, Tocqueville le comentó a uno de su amigos, el conde Louis de Kergorlay:

Más de la mitad de las oportunidades de éxito deriva de ello, no sólo porque es preciso encontrar un tema que interese al público, sino —sobre todo— porque es necesario descubrir uno que me anime a mí mismo y que haga surgir de mí todo lo que pueda dar. Soy el hombre menos apropiado del mundo para remontar con cierta ventaja a contracorriente de mi espíritu y de mi gusto; y caigo muy por debajo de la mediocridad a partir del momento en que no encuentro un apasionado placer en lo que hago.⁴²

⁴⁰ "Tocqueville Alexis de", *Enciclopedia Microsoft® Encarta® 99*©, 1993-1998, *op. cit.*

⁴¹ "Si a todos los poderes diversos que sujetan y retardan sin término el vuelo de la razón individual, sustituyesen los pueblos democráticos el poder absoluto de una mayoría, el mal no haría sino cambiar de carácter. Los hombres no habrían encontrado los medios de vivir independientes; solamente habrían descubierto, cosa difícil, una nueva fisonomía de la esclavitud. Sobre esto se debe hacer reflexionar profundamente a aquellos que ven en la libertad de la inteligencia una cosa santa y que no sólo odian al déspota, sino al despotismo. En cuanto a mí, cuando siento que la mano del poder pesa sobre mi frente, poco importa saber quién me oprime; y por cierto que no me hallo más dispuesto a poner mi frente bajo el yugo, porque me lo presenten un millón de brazos". Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, México, FCE, 1987, p. 397.

⁴² Alexis de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, México, FCE, 1998, p. 50.

Pero cuál era su disposición, su actitud al escribir su libro, su postura política; dejemos que él mismo sea quien nos lo diga:

No tengo tradiciones, carezco de partido, no conozco otra causa que no sea la de la libertad y la dignidad humanas; de ello estoy seguro; y para un trabajo de este tipo, una disposición y un natural de esa especie son tan útiles que con frecuencia resultan nocivos cuando ya no se trata de hablar de los asuntos humanos, sino de mezclarse en ellos [...]⁴³

Para poder escribir sobre el Antiguo Régimen y la Revolución, Tocqueville se empeñó en conocer todos los actos públicos en que los franceses tomaron parte para expresar sus opiniones y sus gustos ante la cercanía de la Revolución:

Sobre todo he hecho frecuente uso de los cuadernos redactados por los tres órdenes en 1789. Estos cuadernos, cuyos originales forman una larga serie de volúmenes manuscritos, permanecen como el testamento de la antigua sociedad francesa, como expresión suprema de sus deseos y manifestación auténtica de su última voluntad. Es un documento único en la historia. Pero ni esto me ha resultado suficiente.⁴⁴

Ahora bien, lo que Tocqueville encuentra mientras realiza su investigación, tanto en el Antiguo Régimen como después de la Revolución es, por ejemplo, la centralización administrativa:

Que ya no nos asombre ver con qué facilidad maravillosa se restableció en Francia la centralización a principios de este siglo. Los hombres de 1789 habían derribado el edificio, pero sus cimientos habían permanecido incólumes en el alma misma de sus destructores, y sobre esos cimientos fue posible edificarlo en seguida y construirlo con mayor solidez que la que jamás había tenido.⁴⁵

⁴³ *Ibid.*, p. 53.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 76.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 156.

La revolución destruyó varias instituciones, pero las que instauró se asemejaban a las que derribó, independientemente de su novedad aparente: la revolución democrática que destruyó tantas instituciones del Antiguo Régimen debía entonces consolidarse, y la centralización encajaba de manera tan natural en la sociedad que había formado esa misma revolución que fácilmente llegó a considerarse como una de sus obras.⁴⁶

Al igual que la centralización administrativa, es una obra del Antiguo Régimen; también encontramos que ocurre lo mismo con la tutela administrativa, la justicia administrativa y la garantía de los funcionarios.⁴⁷ Pero qué fue lo que sucedió, ¿acaso no se dio un cambio radical con el pasado? ¿No se fundaron nuevas instituciones? Pues no, la perspectiva histórica le permite a Tocqueville mirar a través de la polvareda de la revolución, cierta continuidad en los cambios. Y la revolución sólo se devela como un mito:

Pero ¿cómo estas instituciones de fecha reciente pudieron fundarse en Francia en medio de los escombros de la sociedad feudal? Fue una obra de paciencia, de habilidad y de tiempo, más que de fuerza y de pleno poder. En el momento en que sobrevienen la Revolución, aún no se había destruido casi nada del viejo edificio administrativo de Francia; digamos que se había construido otro de recalce.⁴⁸

Cabe señalar que aparentemente la revolución de 1789 había derrocado a la monarquía; sin embargo, ¡qué ironía!, nuevamente sería restaurada por Napoleón:

Los primeros esfuerzos de la Revolución habían destruido la gran institución de la monarquía, pero ésta fue restaurada en 1800. No fueron, como tantas veces se ha dicho los principios de 1789 en materia de administración los que triunfaron en esa época y después de ella, sino todo lo contrario,

⁴⁶ *Ibid.*, p. 146.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 128-142

⁴⁸ *Ibid.*, p. 143.

fue entonces cuando se pusieron de nuevo en vigor y permanecieron los del Antiguo Régimen.⁴⁹

Tanto en su texto *La democracia en América* como en *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Tocqueville reflexiona, propone y escuda la libertad. Es un liberal que hace de la comprensión de su adversario todo un arte y en este aspecto encontramos resonancias Constantianas:

la libertad política, que posee el admirable poder de crear entre todos los ciudadanos relaciones necesarias y nexos mutuos de dependencia, no por ello hace siempre iguales; a la larga, es el gobierno de uno solo el que siempre tiene por efecto inevitable el hacer semejantes a los hombres entre sí y mutuamente indiferentes a su suerte.⁵⁰

Tocqueville subraya que ni siquiera los déspotas niegan las bondades de la libertad; sólo que la quieren para ellos mismos y señalan que todos los demás son indignos de ella.⁵¹ En todo caso están dispuestos a aceptar la igualdad, pero en el acato y el sometimiento.

Para Tocqueville, antes de la Revolución existía en Francia una libertad aislada, desordenada y malsana que si bien preparaba a los franceses para derribar al despotismo, también los hacía menos aptos quizá que ningún otro pueblo para fundar en su lugar el imperio apacible y libre de las leyes.⁵² Además, lamenta que en vez de que se sometiera a la aristocracia al imperio de las leyes, se la abatiera y desarraigara:

Actuando de ese modo se privó a la nación de una parte necesaria de su sustancia y se causó a la libertad una herida que no sanará jamás. Una clase que durante siglos marchó al frente ha adquirido, en ese largo e indiscutible uso de su grandeza, cierto orgullo íntimo, una confianza natural en su fuerza

⁴⁹ *Ibid.*, p. 145.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 166.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 81-82

⁵² *Ibid.*, p. 202.

y una costumbre de ser considerada, que hacen de ella el punto más resistente del cuerpo social. [...] Extirpándola, enervamos hasta a sus propios enemigos. Nada podría reemplazarla por completo, ni podrá renacer jamás; puede recobrar los títulos y los bienes, pero no el alma de sus antepasados.⁵³

Y es que para Tocqueville, la libertad es una fuente fecunda de cualidades tanto para los ciudadanos como para la comunidad, incluso tonifica y enaltece el quehacer cotidiano que se ve reflejado en la patria:

Sólo ella es capaz de alejarlos del culto al dinero y del insignificante trajín cotidiano de sus asuntos particulares, para hacerlos percibir y sentir en todo momento que junto y por encima de ellos está la patria; sólo ella, la libertad, sustituye de vez en cuando el amor al bienestar con pasiones más enérgicas y elevadas, da a la ambición objetos más estimables que la adquisición de riquezas y crea la luz que permite ver y juzgar los vicios y virtudes de los hombres.⁵⁴

De esta forma, de acuerdo con Tocqueville, son importantes las cualidades morales por encima de la política, el sentido de la responsabilidad y el bien público; así como la preeminencia de las leyes como contrapartida al despotismo de un solo hombre o de una mayoría, opinión que comparte con Benjamin Constant.

No obstante, la revolución es incesante, no deja de agitarse bajo los cimientos y nuevamente hace su aparición en 1848, parece que se había terminado pero sólo cambia de atuendo, de monarquía constitucional pasó a república, luego restauración y monarquía nuevamente:

Y he aquí que la revolución francesa vuelve a empezar porque siempre es la misma. A medida que avanzamos, su final se aleja y se oscurece. (...) Ignoro cuándo acabará este largo viaje. Estoy cansado de confundir con la orilla, una y otra vez, unas nieblas engañosas y frecuentemente me pregunto si

⁵³ *Ibid.*, p. 193.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 82.

esa tierra firme que buscamos desde hace tiempo existe en realidad, o si nuestro destino no será más bien el de azotar la mar eternamente.⁵⁵

Es así como las revoluciones brotan una y otra vez, en ocasiones con la fuerza de un torbellino que pretende destruirlo todo, pero las obras que han sido construidas por el espíritu perdurarán a través del tiempo, ya que son una muralla que resiste los embates de los filisteos, farsantes y charlatanes.

Comentarios sobre Burke, de Maistre, Constant y Tocqueville

Se retomó a Burke porque se le cataloga de “reaccionario”⁵⁶ y defensor del *status quo*, aspectos suficientes para desterrarlo del escenario político; sin embargo, cuando se pregunta si se ha leído y cuáles son las

⁵⁵ Alexis de Tocqueville, *Recuerdos de la Revolución de 1848*, Editorial Trotta, Madrid, España, 1994, p. 84.

⁵⁶ En este sentido para Hirschman: “El binomio *acción y reacción* forma parte de la tercera ley del movimiento de Newton, que declaraba: a toda acción se opone siempre una reacción igual. Posteriormente, el uso que se hizo de ambos conceptos se desplazó a la historia y al análisis de la sociedad durante el siglo XVIII. No se atribuía al principio ningún sentido despectivo al término *reacción*, sin embargo su connotación peyorativa tuvo lugar durante la Revolución Francesa, específicamente después de su desbordamiento, los acontecimientos de Termidor. En este contexto, Constant, al observar los excesos de los jacobinos, supuso que engendrarían sucesos peores y escribió: desde que el espíritu del hombre emprendió la marcha... no hay invasión de bárbaros ni coalición de opresores ni evocación de prejuicios que pueda hacer retroceder. Como se puede apreciar, Constant establece el progreso”. De otro modo, como apunta Hirschman, sería difícil explicar por qué los que “reaccionaban” frente a la revolución de una manera predominantemente negativa llegaron a ser mirados y denunciados como “reaccionarios”, es decir, que querían hacer “marchar hacia atrás el reloj”, el término *reacción* muestra hasta qué punto nuestro lenguaje está influido por la creencia en el progreso: implica que el mero despliegue del tiempo trae la mejoría del hombre, de modo que todo retorno a un periodo anterior sería una calamidad”. Albert O. Hirschman, *Retórica de la intransigencia*, México, FCE, 1991, p. 20.

razones para no concederle la palabra, se obtiene como respuesta el titubeo, la calumnia, la mentira, el insulto o —en el mejor de los casos— el silencio.

Después de haber estudiado su texto, uno se percata de que sus comentarios sobre la Revolución Francesa son interesantes, valiosos y aunque se trata de un observador inglés no deja de ser un político. Además, sus reflexiones son una advertencia a la posteridad por lúcidas, pertinentes y atemporales.

En cuanto a de Maistre, se le incluyó porque su manera de salvaguardar a la monarquía —que considera divina— es *sui generis*, es decir, sus dogmas, exaltaciones y anatemas —contra quienes intentan derribarla— no dejan de ser ilustrados. ¡Qué ironía!

De Maistre es un creyente fervoroso, quizá por ello quienes lo leen se conforman con una lectura superficial y escéptica; sin embargo, sus paradojas seducen y fascinan al político que se asume de ateo y racionalista; si el gobernante le procura cierta atención, en el momento menos esperado, de Maistre contará con un converso más.

A Constant se le conoce poco y se le estudia menos, se trata de un político sobrio y elegante, que realiza un esfuerzo laudable para que las posiciones políticas no se lleven a los extremos, porque en caso de que así suceda, no es posible romper el círculo vicioso de la tiranía, ya sea la de uno sólo o de una mayoría.

La libertad ocupó en su vida pública y sus reflexiones un lugar importante pero en ningún momento se deslindó de sus compromisos y obligaciones políticas, es un ejemplo a seguir en la actualidad no sólo para el político sino también para el ciudadano, para ambos.

A Tocqueville se le conoce mejor sobre todo por su obra *La democracia en América* (1835-1840); sin embargo, su libro *El Antiguo Régimen y la Revolución* (1856) ¡no se lee! Es una incuria que no se puede pasar por alto debido a la revelación que representa. Con Tocqueville uno se percata de que la revolución no es sino un mito, es decir, los políticos que invalidan a las instituciones, las derriban y las destruyen con la quimera de construir otras “nuevas”, no son sino politiqueros. En el texto *El Antiguo Régimen...* uno se entera que existe una continuidad

sutil en los cambios y no son sino contadas las modificaciones que se dan en las instituciones, en todo caso éstas vuelven a surgir después de su demolición con mayor fuerza y para consolidarse.

Tocqueville instruye, previene contra la destrucción, el odio, el resentimiento y la muerte que una revolución representa.

Bibliografía

Burke, Edmund, *Textos políticos*, México, FCE, 1996.

Calasso, Roberto, *La ruina de Kasch*, Barcelona, España, Anagrama, 1989.

Cioran, E.M., *Ejercicios de admiración y otros textos*, Barcelona, España, Tusquets, 1995.

Constant, Benjamín, *Del espíritu de conquista*, Madrid, España, Tecnos, 1988.

Furet, Francois, *Pensar la Revolución Francesa*, Barcelona, España, Petrel, 1978.

Kant, I., *Filosofía de la historia*, México, FCE, 1997.

Lefebvre, Georges, *La Revolución Francesa y el Imperio (1787-1815)*, México, FCE, 1995.

Lipset, Seymour Martín, *El hombre político*, México, Rei, 1993.

Maistre, Joseph de, *Consideraciones sobre Francia*, Madrid, España, Rialp, 1955.

Mirabeau, R. H. G., *Discursos en la Asamblea Nacional*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989.

Ortega y Gasset, José, *Tríptico*, Madrid, España, Espasa-Calpe, 1972.

Staël, Madame de, *Reflexiones sobre la paz*, Buenos Aires, Argentina, Espasa-Calpe, 1946.

Tocqueville, Alexis De, *La democracia en América*, México, FCE, México, 1987.

_____, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, México, FCE, 1998.

_____, *Recuerdos de la Revolución de 1848*, Madrid, España, Editorial Trotta, 1994, p. 84.

Zweig, Stefan, *Fouche el genio tenebroso*, México, Época, 1986.

Hemerografía

Aguilar, Mora Manuel, “Revolución Francesa, el amanecer de nuestra contemporaneidad”, en revista *Batalla*, México, 1989.

CD-ROM, *Enciclopedia Microsoft® Encarta® 99*©, 1993-1998 Microsoft Corporation. Reservados todos los derechos.